

B O L E T I N
DE LA
REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO XX

CUADERNO 3.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO - San Sebastián

Lo vasco en la vida y la obra de Cervantes

Por ISIDORO DE FAGOAGA

La figura, preclara entre todas, de Miguel de Cervantes Saavedra, su vida azarosa de soldado y escritor, su obra ingente de poeta y de prosista, han suscitado en todo tiempo el mayor interés y, con frecuencia, las más encendidas controversias entre críticos y exégetas de todas las latitudes. El culto a Cervantes, particularmente vivo y persistente en los pueblos de habla castellana, alcanzó en la segunda mitad de la pasada centuria un fervor inigualado, para culminar en 1905, con motivo de la celebración del tercer centenario de la aparición de *Don Quijote de la Mancha* en un clamor de resonancia universal.

En este culto al genial y desventurado Manco, los hombres de letras vascos no han sido segundos a ninguno. Allí por 1873 a 1880, un profesor vasco —Julián de Apraiz— pronunció en el Ateneo y en el Teatro Principal de Vitoria varias conferencias cuyo objeto era vindicar la fama de anti-vizcainismo o vascofobia que ciertos críticos poco veraces atribuyeron a Cervantes. Para ello, Apraiz hizo un meticuloso examen de la vasta y variada producción del escritor alcaíno a fin de demostrar, con pruebas fehacientes, no sólo la inanidad de la acusación, sino, por el contrario, el aventajado concepto que Cervantes tenía de los *vizcainos*, apelativo genérico con el que las gentes de su época llamaban a todos los vascos.

Las conferencias, en el lapso de ocho años, fueron cuatro y vieron la luz, más tarde, en varias publicaciones bajo el título *Cervantes vascófilo*.

Antes y después de Apraiz, otros escritores vascos estudiaron bajo diferentes aspectos la obra cervantina, mas, como queda señalado, fue en 1905 cuando ese aporte alcanzó su culminación al celebrarse en toda la Península la venida al mundo, trescientos años antes, de uno de los arquetipos más felices de la creación humana: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Además de las ceremonias oficiales y académicas —a las que asistieron, junto a delegados de pueblos hispánicos, figuras de prestigio universal como Edmundo de Amicis, Anatole France, Federico Mistral y Guerra Junqueiro— la aportación individual fue considerable y a ella contribuyeron en grado relevante los escritores y poetas de nuestra tierra. Aparte el “milagro” del joven Ramón de Basterra, que se presentó a que le ciñeran la corona “de pantalón corto, pues eran sus años menos de quince”, y la meritisima traducción al vascuence de los *Refranes selectos del Quijote*, realizada por Pablo de Zamarripa (1), escribiéronse dos importantes libros que por sí solos prestigian una época literaria: *El Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes*, de Francisco Navarro Ledesma, y la originalísima *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno.

Frente a estos dos apologistas surgió, tercero en discordia, otro vasco, Ramiro de Maeztu, quien dio, en aquel coro de voces laudatorias, la nota discordante con un artículo en el que, entre otros comentarios de dudoso gusto, calificaba al *Quijote* de obra “decadente”.

Si muchas fueron las loas que se tributaron a los autores de los dos libros mentados, no fueron menores las censuras de que fue

(1) Como las referencias a esta traducción han sido numerosas y la mayoría contradictorias, diremos que el número de los refranes cervantinos vertidos al vascuence por Zamarripa fueron cincuenta. Julián de Apraiz los publicó en Vitoria en 1905 con el título **Don Quijoteko esakune esleidu batzuk**. Están contenidos en un librito que, además, incluye las siguientes otras versiones: el Prólogo y los tres primeros capítulos del *Quijote*, traducidos al dialecto labortano por el capitán Duvoisin (que un año antes fueron corregidos y editados por Mr. Dodgson); el principio del capítulo XIII de la segunda parte de la misma obra en dialecto guipuzcoano (mezclado con el vizcaíno de Zamarripa); la continuación y conclusión del mismo capítulo en guipuzcoano por el entonces lectoral de la catedral de Vitoria y más tarde Obispo, Mons. Múgica; los consejos corporales contenidos en el capítulo XLIII, traducidos al dialecto vizcaíno por Bustinza y, por último, un corto capítulo con el título **La firma de Don Quijote**, del compilador Julián de Apraiz.

objeto el periodista citado, ya que, además de otros apelativos poco amenos, le motejaron de "excéntrico pagado de notoriedad".

Ha pasado desde entonces más de medio siglo y, si bien se han mitigado considerablemente las pasiones que las mencionadas obras suscitaron en lectores y críticos, queda todavía —y quedará por largo tiempo— como vivo rescoldo de sus juicios contradictorios, un rico temario para la especulación dialéctica.

* * *

El interés que, como hemos señalado, sienten los hombres de letras o los meros lectores vascos por la obra cervantina no es, aparte su inmenso valor literario y humano, más que la consecuencia del interés y aprecio que Cervantes demostró por los vascos y sus obras; mejor dicho, por sus acciones. Porque fueron las acciones, pacíficas o guerreras de los hijos de nuestra tierra, los argumentos y modelos que le sirvieron para formular los juicios y alusiones que encontramos dispersos a lo largo, no sólo de sus escritos, sino también, y sobre todo, en las referencias de colegas contemporáneos suyos y en sus sucesivos biógrafos (2).

Por ello, el fin que se propuso Apraiz con su afanoso alegato, pasando a la criba millares de páginas a la búsqueda de la pepita de oro perdida aquí o allí, lo hubiera conseguido, acaso mayormente y con notable alivio de trabajo, si se hubiese reducido a estudiar directamente la vida del autor. Vida aporreada, de constante cautiverio físico y espiritual, de empeñosa lucha con el turco de fuera y de dentro de casa..., vida, en fin, en la que encontramos, en ininterrumpida sucesión, una serie de apellidos de clara resonancia vasca y que, salvo contadisimas excepciones, corresponden a otras tantas personas de bien.

Personas de bien, sobre todo, que éste era el cabal concepto que Cervantes tenía de los vascos, como lo prueba, entre otros, aquel episodio del *Quijote* en el que, al inquirir éste si el vizcaíno, conforme a lo mandado y prometido, había visitado a Dulcinea en el Toboso, le contestó Sancho: "Preguntéle si había ido por allá el vizcaíno de marras, díjome que sí y que era hombre muy de bien."

(2) Un bosquejo de este ensayo se publicó en 1951 en **Gemika**, revista que veía la luz, primero en Bayona y luego, hasta su extinción, en Buenos Aires.

¿No iba a ser hombre muy de bien? ¡Como que fue el único, en toda la historia del andante caballero, que cumplió fielmente la promesa!.

* * *

Cuando Miguel de Cervantes vino al mundo en 1547, la Villa y Universidad de Alcalá de Henares se enorgullecía de contar entre sus convecinos al gran humanista Juan de Vergara, “cuya voz elocuentísima supo penetrar en las mentes españolas la sabiduría de Salomón, la de Jesús de Sirach y la de Aristóteles”. Todos, profesores y estudiantes, consideraban al sabio varón como natural de Toledo, y nadie, ni siquiera el propio interesado, se paraba a pensar que el más inequívoco signo de su oriundez lo llevaba en su apelativo gentilicio. ¡Achaque éste muy frecuente de aquel tiempo en que el sentimiento de patria, tal como hoy lo concebimos, era apenas conocido.

Niño aún, Miguel, acompañado primero de su familia y luego solo, inicia su vida errabunda que no ha de cesar hasta bien entrada la senectud. En 1565, siendo apenas adolescente, sufre la humillación de ver embargados por deudas los escasos bienes paternos. La pobreza será desde entonces, como para el *Poverello* de Asís, su hermana inseparable, aunque para el alcalaíno no siempre dilecta. Cuenta veintiún años cuando a la muerte de Isabel de Valois, esposa de Felipe II, escribe su primer poema. Son unos versos elegíacos que, encomiados por López de Hoyos, su maestro, le dan cierta fama de mozo inspirado y despierto. Mas, de momento, no insiste en el cultivo de las Musas. Tiene sed de nuevos horizontes y la ocasión se presenta propicia. Monseñor Julio Acquaviva, embajador y representante del Papa Pío V, regresa, cumplida su misión diplomática en España, a la corte Vaticana, y Miguel resuelve sumarse a su séquito en calidad de camarero.

Pasa por Barcelona, Provenza, Lombardía y la Toscana (el itinerario que luego describirá en el *Persiles*) y llega a Roma, sediento de gozar, como él mismo escribe, “la vida y libertad de Italia”.

Pero, como no se aviene a vegetar entre la oscura servidumbre eclesiástica, decide, una vez más, cambiar de rumbo. Se alista en el tercio de Moncada, que se halla de momento en la Ciudad Eterna reconstituyendo sus cuadros “asaz mermados, más a consecuencia de las batallas libradas con Venus que con Marte”. Allá, entre aquella soldadesca, da con un vasco sano y robusto, aunque él se diga

de la Alcarria. Se llama Diego de Urbina, "famoso capitán de Guadalajara", como lo califica su inmortal subordinado. Manda, juntamente con Marcos de Isaba y otros jefes, las diez compañías que forman el valeroso y aguerrido tercio. Gente brava y dura para quienes las fatigas de la pelea son un reposo y las tremolinas del campamento, un descanso.

En verdad, los teatros de acción no faltan: Flandes, Italia y, desde pocos lustros antes, las tierras vírgenes del Nuevo Continente. El ímpetu belicoso de la España teocrática se halla en su máxima tensión. Corren rumores de guerra con el turco infiel, y Cervantes, tan dado al entusiasmo, siente poseída su alma de impaciencia heroica. Pasa a Nápoles y luego a Mesina donde embarca en la galera *Marquesa*. Ponen proa a Oriente, pero la mala suerte quiere que, poco antes de entrar en combate, el bisoño soldado caiga enfermo. Son las inevitables cuartanas. Desamparado, Miguel pasa lo más recio de la calentura solo, bajo el puente de la nave.

Hay, sin embargo, entre aquellos combatientes "un hombre humano y compasivo; llámase Mateo de Santisteban. Es de Tudela, en el reino de Navarra, hombre franco y de animoso corazón", advierte Navarro Ledesma, y luego agrega: "Santisteban atiende a Miguel a ratos; tal vez avisa a su capitán, Diego de Urbina, y éste anima a su medio paisano de Alcalá de Henares... Una mañana, la del 7 de octubre de 1571, tremenda algarada se escucha a bordo. Como de costumbre, los soldados dejan solo a Miguel en su rincón. ¡Arma, arma!, son los gritos que suenan. Miguel suelta la manta, se encasqueta el morrión y corre en busca de su arcabuz. Las piernas le flaquean y tiene la cara amarillenta como un desenterrado. Sobre cubierta tropieza con su capitán, con el alférez Santisteban y con otro alférez montañés que Gabriel de Castañeda se llama. El capitán Urbina, que ya iba aficionándose a su medio paisano, meneaba la cabeza pesaroso y, como quien abandona a la destrucción una valiosa prenda que aún podría servir de mucho, manda a Miguel colocarse en el lugar del esquife con doce hombres. ¿Por qué se distingue a este soldado de los otros y en el momento del combate se le confía un mando siquiera tan pequeño? ¿Qué hay en sus ojos, en sus palabras o en su apostura y planta? Con la extraña acuidad y lucidez que la fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican a todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, todo cuanto había discurrido, proyectado y soñado en su corta vida. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel

y vio que de ella le manaban chorros de sangre. Sin retorcer labios ni ceja, sufrió el dolor de la herida. Aunque muy engolfado en el combate, bien le vio el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto, movió tristemente la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster*. Asordado por el tronar de la artillería, Cervantes veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras. De su estupor le sacaron los ecos triunfales de los claros clarines que proclamaban la victoria”.

Aquello fue Lepanto; la batalla de Lepanto, “la más alta y memorable ocasión que vieron los siglos”. Para Cervantes fue el mejor día de su vida. Allí perdió la mano y el miedo a la muerte.

Que ello fuera así lo prueba la siguiente aventura cuando, de regreso a su patria, fue hecho prisionero por los piratas turco-berberiscos. En Argel, se convierte en cabeza de una conjuración que se proponía alzarse nada menos que con la plaza para devolvérsela a la Cristiandad. Pero fracasa en sus designios. Luego, más paciente y escarmentado, prepara una fuga en masa. “Un día —vuelve a explicarnos el escritor antes citado—, paseando por la marina, ve un jardín bien cuidado, propio, al parecer, de algún moro rico. Tras las tapias bajas suena una voz fina, atenorada, que canta la anti-quisíma copla de Aben Jot:

*Si mi madre fuera mora
y yo nacido en Argel,
me olvidara de Mahoma
sólo por volverte a ver,
blanca y hermosa paloma...*

Miguel se acerca al cristiano que canta. Es navarro, cautivo del renegado griego Azán y jardinero muy hábil. Con francas y recias frases convida a Miguel a ver el jardín. En el fondo de un recuesto, el mozo observa una cueva entre los peñascos, medio oculta por la maleza. Parece un antiguo refugio de bandidos o pastores. Cabe allí mucha gente. Miguel concibe, rápido, un plan salvador.

—¿Cómo te llamas? —pregunta al cautivo jardinero. Y éste responde:

—Me llamo Juan.

Con estos datos, Miguel tiene bastante. Vuelve a los baños, donde se mueve con relativa libertad y, hablando con unos y otros, prepara un plan de fuga. Era el mes de marzo de 1576. De acuerdo con el jardinero Juan, un número de cautivos, cada vez más numeroso,

van refugiándose en la gruta. Su propósito es embarcarse en una nave que, acercándose a la costa, los conduzca a España.

Entre los renegados a quienes Miguel comunicó su plan se halla uno, de mote *Dorado*, natural de Melilla. (Bruno Frank, otro autor que, al parecer, trata con buen conocimiento el mismo episodio, lo llama *Dorador* y agrega que era florentino). Una noche, después de días y semanas de espera en lo hondo de la cueva, la fragata, apresada por los cómplices que velaban en las costas inmediatas, atraca a la marina y los tripulantes saltan prestos a tierra.

Es el momento en que se consuma la traición... "Ocultos entre chumberas, los soldados del rey Azán caen sobre ellos y los acorralan aprisionándolos a mansalva".

Por su parte, los cautivos escondidos en la cueva son presa de la mayor desesperación al ver a un grupo de hombres entrar en ella armados de lanzas y escopetas. Acompañaes el Judas... *Dorador*. Miguel, solo y sereno, se adelanta a los soldados y declara ser él el autor del plan y el único culpable. Llevados a presencia de Azán Bajá, Cervantes, de quien el rey espera obtener un alto rescate, es dejado aparte, en tanto que se tortura al jardinero navarro. Se quiere obligarle a que haga confesión total, pero en vano: de su boca no sale una palabra que comprometa a nadie.

Tres días más tarde sacaron a Miguel de la prisión y lo llevaron a presenciar un bárbaro sacrificio. "En el jardín de Azán vio, aún vivo, pero sin sentido ni vista ya al pobre navarro. Su amo le había ahorcado con sus propias manos, colgándole de un pie al tronco de una palmera..."

"*El mártir Juan el Jardinero* —como le llama el cronista citado— tenía la cara negra con vetas azules, sangrienta le colgaba la lengua fuera de la boca y entre los párpados le blanqueaban los globos de los ojos, ya sin brillo..."

¿Para qué seguir descripción tan truculenta? Aquel espectáculo de una increíble crueldad y la abnegada entereza del mozo navarro impresionaron profundamente a Cervantes. Una vez más su alma generosa y heroica, gustaba, a través del dolor, el sabor de la amistad.

Y volvieron los días de la vigilia inquieta. Miguel, no obstante la frustrada fuga, urdía nuevos planes para recobrar la libertad: la suya y la de sus compañeros de infortunio. Por su parte, la familia, desde España, le animaba a esperar echando mano de cuantos recursos y relaciones contaba para obtener el rescate. En esta co-

yuntura encontramos, una vez más, dos vascos, dos religiosos, que se distinguían por su celo y caridad. Y también por su patriotismo. Son el Receptor de Cruzada de la Orden de la Merced, Juan de Eyzaguirre, y fray Jorge de Ongay, comendador de Pamplona, los que, juntamente con otros dos mercedarios, formaban la comisión de liberación de cautivos.

A pesar de sus buenos oficios y mejores intenciones, los mencionados religiosos no pudieron rescatar a Miguel. La razón para quienes conocían la tabla de valores por la que se regían los piratas berberiscos, era obvia. El Bajá, como si presintiera el inmenso precio que la humanidad adjudicaría al manco-cautivo y adelantándose extrañamente a ese reconocimiento, exigía una suma crecidísima por su rescate (3). Y como, por lo visto, sus cálculos debían caer en el vacío, trató de sentar un precedente estimulador libertando a Rodrigo, hermano de Miguel, que también gemía en las mazmorras de Argel. De esta suerte, el héroe de Lepanto hubo de esperar largos días y noches, hasta 1580, para obtener su libertad.

Mas antes, a lo largo de su agobiante espera, hubo de asistir a innumerables escenas de codicia y crueldad para culminar en un espectáculo espantoso por su increíble salvajismo. Era la Nochebuena de 1579. Ese día, un tal Juan Vizcaino, burlando los primeros obstáculos, intentó fugarse de Orán. Fue cogido por los guardias y llevado a presencia del rey. Los cristianos del baño grande y los que, como Miguel, estaban en el baño de los moros, procuraban celebrar como podían, dentro de su inopia, la fiesta de Navidad. Cuál rezaba, cuál cantaba, cuál castañeteaba las cadenas, para hacer rui-

(3) "Cuando Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas —explica un cronista— tuvieron conocimiento del cautiverio de sus hijos Miguel y Rodrigo, se apresuraron a buscar por todos los medios posibles algún dinero con que ayudar al rescate de ambos; y tomando distintos caminos, el padre acudió al Consejo Real, y la madre, fingiéndose viuda [!?!], presentó al Consejo de Cruzada información de los servicios y cautiverio de sus hijos, suplicando, por ser pobre, que se le concediese algún adyutorio para el rescate. Debieron ser favorables los informes de los testigos y la resolución del Consejo, porque se mandó dar una cédula Real concediendo 60 ducados para el rescate de ambos hermanos, 30 para cada uno". Si los 30 escudos, con algo más aportado por otros medios, fueron suficientes para la liberación de Rodrigo —agregamos nosotros—, no fue así en lo atañente a Miguel, ya que por el rescate de éste el avisado Azán Bajá exigía "una suma propia de un almirante": 500 escudos. Como no era posible que la familia ni el Receptor de la Cruzada, el mercedario Juan de Eyzaguirre, reunieran esa cantidad con destino a un solo cautivo, la demanda del Bajá quedó insatisfecha.

do. De repente, los chaúces entraron en la prisión y mandaron subir a los cautivos al patio de la Alcazaba. De allí, algunos, casi seguro Miguel entre ellos, entraron en la sala donde estaba Azán Bajá, y vieron cómo entre éste y sus verdugos mataban a palos al pobre Juan Vizcaíno.

* * *

A propósito de este Juan Vizcaino y de otros cautivos con nombres gentilicios, Navarro Ledesma apunta la sospecha de que “quizá disfrazasen su nombre verdadero por vergüenza de la vida miserable que arrastraban”.

Nosotros no lo creemos. Ha habido a lo largo de la historia multitud de Juanes, Pedros, y cuantos nombres se quiera con el apelativo de Vizcaínos. Ora vizcaínos, ora navarros e inclusive alaveses o labortanos. Para el caso es lo mismo. Nombres de hombres cuya vida nada tenía de miserable ni vergonzosa.

Citémos, como ejemplo, varios navegantes de la época inmediatamente posterior al descubrimiento de América. Entre multitud de otros, encontramos tres Juanes Vizcainos, maestros todos ellos —como refiere Gregorio Oñativia— en pericia náutica, en arrojo e intrepidez. El primero, Juan Sánchez Vizcaíno —o de Vizcaya como otras veces lo vemos escrito—, deja su hacienda en un pueblecillo guipuzcoano de cerca del Bidasoa —que se supone sea Pasajes o Fuenterrabía—, se alista en las expediciones de Sanabria y Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y adentrándose por tierra con este último, llega en 1543 al extremo norte del Nueva Continente (Puerto de los Reyes). Escribe sus Relaciones y, ya adelantado en edad, tiene todavía tiempo y arrestos para emprender dos viajes a Sudamérica. Antes de éste, otro vizcaíno lleva a cabo, en 1503, la empresa en la que flaqueara Cristóbal Guerra, descubriendo el golfo de Uraba y la llamada Provincia de las Perlas, hecho que se comprueba por la *Carta de la Reina a los Oficiales de la Casa de Contratación de Indias*, en Sevilla, y donde textualmente se dice: “i cerca de lo que dezis que abeis fablado con Juan Vizcaíno, que dize quen ninguna manera se quiere juntar con Cristóbal Guerra para ir en la compañía, y que por su parte se ofrece de armar tres navíos para ir con ellos como su capitán, según se contene en su memoria que me enviasteis, el cual yo mandé ver; y pues no es su voluntad de ir en compañía del dicho Cristóbal Guerra, a mi me place, por ser él la persona que es, que vaya por sí y como su capitán con los tres navíos que dize que puede armar; y con más si más pudiere, al di-

cho golfo de Uraba e provincia de las Perlas". El tercer Juan Vizcaíno, al decir de Oñativia, fue contemporáneo de los dos ya citados. Estuvo al lado de Irala en Asunción del Paraguay, acompañándole luego en sus empresas de descubrimiento y colonización del Alto Paraguay.

A estos Vizcaínos podríamos agregar otros muchos que figuraron en las expediciones de Mendoza, de Garay, de Zabala, de Legazpi, de Urdaneta y demás adelantados, navegantes y descubridores de nuevos mundos. La lectura de los libros de Segundo de Ispizua, libros consagrados a las gestos de los vascos en América, están llenos de esos nombres. Y ello porque, como antes señaláramos, el apelativo gentilicio, en lugar del apellido de sangre o natural, se hacía extensivo, tanto en la realidad como en las obras de ficción, a todos los naturales de Vasconia. No se olvide la mordaz invectiva del Padre Larramendi contra "la inaguantable boberia del común de los castellanos y demás españoles cuando en lo hablado y en lo escrito entienden a todos los vascongados con nombres de vizcaínos..." El famoso Pedro Navarro que "algunos cognominan Pedro Vereterra", natural de Garde en Navarra, rival de Cisneros (4) e inventor de las minas militares, ¿no fue llamado por algunos biógrafos Pedro Vizcaíno hasta el punto que el historiador Oviedo, en sus *Quincuagenas*, hubo de reproducir un documento notarial en el que se declaraba "que no era vizcaíno y sí navarro de nacimiento, e hijo de un hidalgo llamado Pedro de Roncal"? El gran humanista Martín de Azpilicueta, tío de San Francisco Xavier, ¿no fue universalmente conocido por el *Doctor Navarro*? En *La hermosura aborrecida*, de Lope de Vega —por no citar más que una obra entre mil— ¿no nos encontramos con una Doña Juana, la protagonista, natural de Pamplona, a la que el autor, empleando esa sinonimia, tan común como infundada, llama indistintamente unas veces navarra y otras vizcaína? Y, por último, este mismo Francisco Navarro Ledesma, que es un navarro más de nombre, y su trasabuelo lo fue de hecho, ¿no ha sentido la necesidad de doblar su apellido para no quedar en Navarro a secas?

No, el bueno de don Francisco, admirable escritor por tantos

(4) "Que no era muy cortesano, dice Zurita, tratando de sus dimensiones con el cardenal Cisneros, y que **todas las cosas las trataba a la soldadesca** [...] Pero por esto no se infiere que **fuera hombre arriado a su consejo y enemigo del ageno aunque fuese mejor y más seguro**, y mucho menos un **oso y un tigre**, como le llamaron los jesuitas Mariana y Abarca". (Martín de los Heros. *Historia del Conde Pedro Navarro*. Madrid. Imp. Viuda de Calero, 1854.)

conceptos, no estuvo feliz en ese punto y su suposición no descansa en ningún dato fidedigno ni siquiera verosímil. Existen hoy mismo muchísimas personas que tienen su árbol genealógico perfectamente identificado hasta el más remoto ascendiente y que son conocidos con los apelativos genéricos de vasco, navarro, vizcaino, y en la península por soriano, sevillano, zamorano, etc. Por otra parte, el hecho de ser cautivos nada tenía de vergonzoso ni humillante —salvo los renegados— ya que la mayor parte de esos cautivos lo eran por actos de guerra, actividad que en la época, según confesión del propio Cervantes, “era la más hermosa ocupación humana”.

* * *

En 1580, Cervantes volvió a su patria, rescatado de su cautiverio. Contaba 34 años y, no obstante haber pasado más de cinco en las mazmorras argelinas, su alma estaba llena de esperanzas; esperanzas que confiaba le serían colmadas en premio a sus servicios, a sus talentos y a la envidiable fama alcanzada entre los veinticinco mil compañeros de infortunio.

Pero tal esperanza, como las infinitas que antes y después alimentó su alma sedienta de justicia y de bien, se verá frustrada. Ha sido, es cierto, el primero, el más audaz y el más generoso de los cautivos, pero su patria no se lo reconoce. Desengañado de la Corte y de las armas —él tan reacio al desánimo—, concibe una nueva idea: dedicarse a escribir comedias y establecerse en Madrid.

Lo hace y está a punto de ganarse con ellas un medio decoroso de existencia, pero una vez más, la suerte le es adversa. Publica, venciendo mil dificultades, *La Galatea*, que le procura cierta fama y algunos maravedíes para casi morir de hambre. No se muere, sin embargo; por el contrario, revive y, como su mente, rica de recursos, difícilmente olvida la realidad por el ensueño, resuelve, como recurso extremo, algo que ya antes, sin ser genios, habían inventado ya los hombres: el matrimonio. Y toma por mujer a doña Catalina de Salazar, dama de Esquivias, cuya oriundez, para los duchos en etimologías, no deja lugar a dudas.

Casado, se afina por algún tiempo en casa de su mujer, pero frisando la cuarentena, su espíritu giróvago vuelve a agitarse y esta vez decide dedicarse a los negocios. Lo hace, en parte, empujado por el consejo de dos vascos: el negociante Pedro de Isunza (Maeztu lo llama, equivocadamente, Insunza) y el historiador Esteban de Garibay, hombres ambos “en los que ya se apunta la misión histórica

de la raza vasca, que parece consiste en enseñar a los pueblos hispánicos a armonizar el espíritu moral con el de economía”, apostilla el precitado Maeztu.

Pedro de Isunza era hijo de Juan Martínez de Isunza, contador general de la casa del duque de Alba y proveedor de los ejércitos de Flandes. En aquella tierra comerciante e industrial, a donde le llevó su padre, “se esparció su ánimo y se repletó el bolsillo”. Allí aprendió a conocer el comercio del mundo, del que los muelles de Amberes eran emporio. Y allí se acendró su patriotismo, puesto que nunca dejó de ser vecino de Vitoria, su cuna, a donde volvía con frecuencia “para buscar recato y sosiego” y en donde se casó con su sobrina María, hija de su hermano Martín.

Este alto funcionario, primer librecambista que actuó en España, fue además el propugnador de la unificación de los grandes problemas comerciales de la península. Propuso asimismo, y realizó, la celebración de tres ferias, de un mes cada una, en Valladolid o en Medina del Campo y, por último, proyectó la creación de los Bancos que más tarde se fundaron en Sevilla, Lisboa, Zaragoza, Valencia y Barcelona. En 1585 ó 1586, Cervantes trabó relación con el economista vasco y no cabe duda de que Isunza, con la perspicacia y conocimiento de un capitán de empresa, comprendió cuán útil podía serle aquel hombre. Y no lo olvidó.

Pero antes pasaron varios años durante los cuales Cervantes, convertido ora en alcabalero, ora en cobrador de deudas morosas, hubo de recorrer cortijos, aldeas y pueblos de la región andaluza siendo mal recibido en todas partes y, por fin, perseguido y engañado hasta dar con sus huesos en la cárcel. Su vida maltrecha y errante se convirtió de esta suerte en perenne trabacuentas hasta que, en 1591, Pedro de Isunza, ya en el cargo de Proveedor general de las galeras del rey, lo sacó, como ya anticipamos, de aquella penosa situación y lo nombró comisario para el aprovisionamiento de la Armada (5).

Al principio le va bien, pero, a partir del segundo año, las dificultades aumentan cada día. En verdad y no obstante la protec-

(5) Cristóbal Pérez Pastor, afirma en sus **Documentos cervantinos**, que Isunza, al suceder en el cargo de Proveedor general de las galeras de España a D. Antonio de Guevara y “admitir a Cervantes como uno de sus comisarios, aprovechó sus servicios en diferentes comisiones y le rebajó el sueldo, reduciendo a 10 reales los 12 que le pagaba D. Antonio de Guevara”. “Tan ruin proceder —comenta el P. Anselmo de Legarda— es indigno de la proverbial honradez alavesa, y propio de cualquier Juan Haldudo, el verdugo de Andrés”.

ción de su influyente amigo, el oficio era ingrato, pues había de luchar, tanto como con los contribuyentes, con la desidia y corrupción de los empleados de la Hacienda. De esta suerte el buen Miguel, al igual que los otros don comisarios nombrados por Isunza, era constantemente vejado por covachuelistas y agentes de negocios que, con sus rodeos y argucias, paralizaban totalmente su labor. "Como franco y sincero bascongado, enemigo de enredujos y sutilezas —observa Navarro Ledesma— Pedro de Isunza se plañía al rey en 22 de febrero de 1592, sin comprender que aquel ten con ten y aquella una de cal y otra de arena" era la política de connivencias y arreglitos que Felipe II, con su simulada ignorancia, toleraba y alentaba. Tantos fueron los documentos con que la curia fiscal abrumó a Isunza y a Cervantes que, exasperado al fin el buen vitoriano, decidió trasladarse a Madrid "a deshacer el nefando enredo que fraguaron sus enemigos, y para mejor lograrlo llevó consigo a Cervantes". Una vez en la Corte y viendo que la táctica de dilaciones y cicateos se había extendido a los alledaños del Palacio, con gran quebranto de la salud de Isunza, Cervantes, siempre qui-jotesco, dirigió al soberano aquel famoso oficio que termina con estas nobles palabras:

Otrosí suplico a V.M. mande que el juez sobresea hasta que se sepa la verdad de este negocio porque no es justo que por una simple petición del delator, sin otra información alguna, sea creído y más contra tan fiel criado de S.M. como lo es el dicho Proveedor Pedro de Isunza.

Por desgracia, como acontece a menudo cuando de pedir reparaciones de justicia se trata, nada lograron los dos amigos. "El honrado y prudente Pedro de Isunza ha visto en la Corte cómo habían trabajado y cómo seguirían trabajando contra él sus enemigos, y al tocar con sus manos tanta mezquindad e injusticia, los humores se le han revuelto en el cuerpo: ha caído en profunda melancolía: en pos de ella ha venido la fiebre". Trasladado a Puerto de Santa María a principios de 1593, pocos meses más tarde moría en brazos de su esposa y sobrina María.

A Esteban de Garibay le conoció Cervantes por medio de Isunza. Ambos vascos se hicieron grandes amigos en Amberes, a donde fue el historiador mondragonés para imprimir su voluminosa *Crónica general de España*. Garibay era hombre de cierta fortuna y trabajaba porque su espíritu curioso le impelia a ello. En 1585, gracias a la protección del donostiarra Juan de Idiáquez, que había sustituido como secretario en la cámara del rey al desventurado An-

tonio Pérez, logró Garibay considerables auxilios y grandes atenciones por parte de Felipe II. "Admiraba Garibay a su amigo Isunza por ser muy cuerdo y sin vicio y exceso alguno, y estimaba grandemente Isunza a Garibay por estas mismas cualidades, tan propias de la raza eúscara", comenta el cronista cuyo documentado trabajo tan reiteradamente glosamos.

Después de la muerte de Isunza, las familias de Garibay y de Cervantes estrecharon aún más su amistad, llegando, durante su estancia en Valladolid, a donde fueron siguiendo a la Corte, a habitar la misma casa, en dos departamentos contiguos. Allí, en la puerta de aquel edificio —que era de los más modestos de la vecindad, de lo que se infiere que la fortuna del cronista vasco debió de amenjarse bastante— ocurrió el drama del que fue víctima el único hombre vasco que, indirectamente, causó a Cervantes pesares y contratiempos. Se llamaba don Gaspar de Ezpeleta, era nativo de Navarra, caballero del hábito de Santiago y de hecho —aunque Campión trata de atenuar su reprobable conducta— un vulgar calavera cuyas picardías y lances amorosos fueron el escándalo de la Corte. Ezpeleta, que rondaba a una de las vecinas de la casa —las mairas lenguas señalaban a la sobrina de Cervantes—, fue acuchillado una noche por un desconocido; gravemente herido, fue recogido por doña Luisa de Montoya, viuda de Garibay, y a los dos días murió. Cervantes, su familia y todos los vecinos y vecinas de la casa fueron procesados y presos. Afortunadamente, del proceso salieron limpios y volvieron a su vida ordinaria (6).

Otro personaje no menos importante que los anteriores empezó a figurar por entonces en la vida de Cervantes: es un tal Juan de Urbina —el segundo de este apellido—, secretario de los duques de Savoya, Carlos, Víctor Amadeo y Manuel Filiberto. Este Urbina, casado en Italia, era un tipo de aquellos cuyo trato encantaba a Cervantes. Hombre de mundo, sagaz, activo, gran conocedor de la humanidad, fue para el alcaláino un amigo fiel, pronto al sacrificio, útil para el consejo y la dirección, desinteresado y noble. Juan de

(6) "Uno de los más preciados manuscritos que se custodia en el Archivo de la Real Academia Española —escribe D. Cristóbal Pérez Pastor en sus minuciosos **Documentos cervantinos**— es el Proceso que se formó en Valladolid con motivo de la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta y en el cual fueron procesados y presos Cervantes y toda su familia." El citado compilador —algunos de cuyos documentos le fueron suministrados por el reputado cervantista D. Francisco Rodríguez Marín— llega a la conclusión de que Cervantes [fue] "una víctima de la curia, no un reo".

Urbina tenía una vastísima red de negocios propios, aparte sus relaciones de dependencia con los príncipes de Savoya. "Pero el hombre de negocios, cuando es inteligente de veras, no se satisface con urdir sus redes y contar su dinero, sino que necesita compañía y conversación de otros hombres talentados, como él, aunque apliquen su ingenio a muy distinto fin. Por eso, las tramas económicas de Urbina y las trazas literarias de Cervantes pasaban con gusto de boca en boca de los amigos y por eso hubo entre ellos gran intimidad". Lo prueba el hecho que cuando Cervantes hubo de casar a su hija natural Isabel de Saavedra (7) y que el futuro yerno, Luis de Molino, reclamase una dote, que el escritor no disponía, Juan de Urbina se comprometió, mancomunadamente con su amigo, a pagar, una vez firmadas las capitulaciones matrimoniales, la cantidad de dos mil ducados. Llegado el momento de cumplir el compromiso, como el padre continuara tan impecune como siempre, fue el bueno de Urbina quien satisfizo la totalidad o una buena parte de lo convenido. "El compromiso moral creado por este noble proceder de su amigo Juan de Urbina —concluye el citado cronista— obligó a Cer-

(7) "Si hemos de creer a los documentos conocidos hasta ahora —escribe Fausto Arocena en la sección **Miscelánea** del BOLETIN DE LOS AMIGOS DEL PAIS—, Cervantes no dejó tras de sí otra descendencia que la de Isabel de Cervantes Saavedra, habida de Ana Franca, llamada también Ana de Rojas [...] Según atestiguación documental, el apellido **Rojas** venía a Ana por línea materna, mientras que el de **Franca** le venía de la preferente línea paterna [...] Afortunadamente hemos podido llegar a saber que la forma **Franca** encubre aquí una más correcta forma que se traduce en **Villafranca**. Según Pérez Pastor y Miguel Herrero García, "Ana Franca venía a ser hermana de Fray Juan de Villafranca Moxica, parentesco que permite dejar arrumbada la extraña forma **Franca** y quedamos con la corriente forma **Villafranca**". Ahora bien: los religiosos, aunque no fuesen franciscanos y nuestro Fray Juan no lo era, acostumbraban con frecuencia ocultar el apellido de sangre bajo el enunciado del pueblo de naturaleza, cuando no unían ambas designaciones, una detrás de la otra, que es precisamente el caso de nuestro fraile mercedario. Según eso, el apellido de sangre sería para ambos hermanos el de Muxica y la presunta naturaleza de ambos sería Villafranca de Guipúzcoa [...] No debe rechazarse en absoluto que no conviniera también a Villafranca de Navarra, pero hay que hacer observar que el apellido Mujica era tan corriente en Villafranca de Ordizia que Carmelo de Echegaray y Serapio Mujica llegaron a registrar nada menos que veintitrés nombres ilustres ordizianos de ese apellido [...] Por lo tanto, estamos en el caso de poder aventurar con cierta lógica, aunque siempre en calidad de hipótesis de trabajo, que **Ana Franca** se llamaría correctamente Ana Muxica." En conclusión y ateniéndonos a la hipótesis tan agudamente formulada por Arocena, la hija, la única hija del autor de! **Quijote**, llevaría en sus venas sangre vasca.

vantes a buscar medio de remunerarle o resarcirle de alguna manera de tan importante sacrificio pecuniario”.

Este fue el último mecenas —acaso más que ninguno merecedor de tal nombre— que tuvo hasta los últimos años de su existencia «aquel hombre desengañado y dolorido que, sin embargo, era el más grande ingenio de España.

Murió con el convencimiento de que su alma de cristiano y de caballero había sido comprendida por otros caballeros cristianos, hermanos de aquel vizcaíno “hombre muy de bien”, que fue el único que cumplió su promesa de rendir homenaje a la maritormes del Toboso. Y hasta la hora postrera —que con frecuencia suele ser la hora de los póstumos olvidos— no le faltaron otros caballeros que le rindieron el homenaje de su presencia y devoción (8). Así fue cómo el día de las exequias, un modesto poeta que admiraba al muerto y que acaso presentía su futura gloria, se sumó acongojado a la exigua comitiva que acompañaba al cadáver. Este joven era Francisco de Urbina (toda trinidad, dicen los latinos, es perfecta) pariente de Juan, el generoso protector.

La anterior reseña de personalidades está lejos de agotar la larga lista de vascos que, más o menos estrechamente, tuvieron contacto con Cervantes. Hemos limitado su número, al igual que mu-

(8) Hay quienes, no obstante ser manifiestos y numerosos los testimonios de devoción de Cervantes a los hijos de Vasconia, sostienen la opinión contraria. A este efecto no faltan los comentaristas que recuerdan aquel episodio del frustrado matrimonio de Don Juan Pérez de Alcega, azpeitiano y grefier de la reina Ana de Austria, con Doña Magdalena de Cervantes, hermana del escritor. Parece probado por documentos que hoy son públicos que Doña Magdalena exigía que Alcega cumpliera la palabra de casamiento que le había dado aquél y que, en su defecto, fuese condenado a pagarle, en concepto de indemnización, 300 ducados. De conformidad ambas partes, el secretario áulico se comprometió ante notario a satisfacer a la dama abandonada 100 ducados en el acto y los 200 restantes en el curso del siguiente año de 1580. “No sabemos —comenta Pérez Pastor— cuánto tiempo durarían esas relaciones amorosas, ni cuál sería el motivo de romperlas; pero tenemos por seguro que este nuevo contratamiento influyó poderosamente en el futuro modo de ser de Doña Magdalena, porque tales desengaños llevan a una joven, cuando ya no lo es, a vestir el hábito de beata”. Como en efecto, así lo hizo. Y luego, con mal celada ironía, agrega: “Los que suponen a Cervantes poco afecto a los vascos no dejarán de aprovechar para su causa los anteriores datos, creyendo haber encontrado el motivo justificado de esa antipatía en el raro desenlace de los amores de doña Magdalena, su hermana, con Juan Pérez de Alcega, y hasta posible es que alguno vea satirizado a este hijo de Azpeitia en **la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno (D. Sancho de Azpeitia) y el valiente manchego tuvieron.**”

chos episodios de sus relaciones con el gran escritor, por no incurrir en excesiva prolijidad. Nada diremos, por lo tanto, de Sancho de Zornoza, quien le socorrió en Italia, cuando, después de Lepanto, deambulaba herido y maltrecho; ni del caballero alavés don Juan Bautista Ruiz de Vergara, que volvía de Génova en la galera *Sol* y fue muerto en el abordaje de los berberiscos al mismo tiempo que Cervantes caía prisionero; ni de Hernando de Durango, secretario del consejo del duque de Medinaceli, que le entregó varias cartas de presentación para altos personajes de la Corte; ni de los contadores Ipenarrieta y Araiz quienes, no obstante ser “escrupulosos y reparones”, tuvieron para los infortunios pecuniarios del “funcionario Cervantes”, comprensión e indulgencia; ni de Francisco López de Vitoria, que le prestó favores en Andalucía, adelantándole algunos dineros; ni de Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana*, al que dedicó en su *Canto a Calíope* una magnífica octava real; ni de Antonio de Guevara, hijo doctísimo de Alava, cronista de Carlos V, a quien menciona en la primera parte del Prólogo del *Quijote*; ni de Juan de Jáuregui, traductor de la *Aminta* de Tasso, amigo íntimo de Cervantes y al que hizo un retrato que es considerado como el mejor de cuantos del autor del *Quijote* se conocen.

Y a propósito de este Jáuregui, poeta y pintor, así como de otros personajes de estirpe vasca que no hemos citado, he aquí lo que, de él y otras personas procedentes de Vasconia, escribe en su *Viaje al Parnaso*:

*Miré la lista, y vi que era el primero
el Licenciado Juan de Ochóa, amigo
por poeta, y cristiano verdadero.*

... ..

*Este, que en lista por tercero pones,
que Hipólito se llama de Vergara,
si llevarle al Parnasso te dispones...*

... ..

*Y tú, Don Juan de Jáuregui, que a tanto
el sabio curso de tu pluma aspira,
que sobre las esferas te levanto...*

Y en *La Galatea* ensalza a otro ingenio a quien llama “maestro”:

*Del maestro Garay las dulces obras
me incita sobre todo a alabarle;
tú, Fama, que al ligero tiempo sobras,
ten por heroica empresa el celebrarle.*

Asonbra el número incalculable de hijos de la tierra vasca que topamos por todos los campos de la acción y los vericuetos de la aventura. Las almas de aquellas generaciones se creían llamadas a destinos sobrehumanos y se derramaron por el mundo batallando y evangelizando. Todo el siglo XVI fue para nuestro pueblo un estallido de energía. Recordemos los nombres de los circunnavegantes y descubridores: Elcano, Urdaneta, Oquendo, Recalde, Legazpi, Arbolancha; los de los conquistadores y colonizadores: Garay, Ursúa, Zabala, Aguirre, Navarro, Irala; evoquemos la memoria de los santos, misioneros y mártires: Lizardi, Erquicia, Loinaz, Berriochoa, Xavier, Loyola quien, con su Contrarreforma, provoca la más honda convulsión espiritual que recuerda la historia moderna...

¿Qué eran sino caballeros andantes, todos estos santos y soldados que se esparcieron por todas las latitudes del globo? Cervantes bien lo sabía; toda su vida, su propia vida, estaba allí para testimoniarlo. En los campamentos y en las cárceles, en los mesones y en las estancias reales, los coterráneos de Juan de Navarra, el mártir y de Juan de Urbina, el mecenas, fueron modelos de acabada caballería. Unos, analfabetos, manejando la tizona mejor que la retórica; otros, doctos y letrados, hasta el punto de monopolizar —como afirma un crítico bilioso— las secretarías de los encumbrados personajes del reino, comenzando por la del Rey (9), pero todos dignos

(9) Al reproducir el P. Anselmo de Legarda —en su exhaustivo estudio **Lo vizcaíno en la literatura castellana**— la opinión de Covarrubias de que los vizcaínos son “en letras y en manera de gobierno y cuenta y razón, aventajados a todos los demás de España”, agrega el siguiente pasaje del **Quijote**:

—¿Quién es aquí mi secretario?

Y uno de los que presentes estaban, respondió:

—Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno.

—Con esa añadidura —dijo Sancho— bien podéis ser secretario del mismo Emperador.

“Es muy posible —dice José Miguel de Azaola apostillando lo antedicho— que, al poner estas palabras en boca del escudero de Don Quijote, tuviera Cervantes presente la memoria de los Idiáquez: Alfonso, secretario del emperador Carlos V; su hijo Juan, secretario de Felipe II y Felipe III; y Francisco, secretario de Felipe II en el Consejo de Estado; todos ellos de Tolosa; pero sin duda tuvo alguna otra razón para adjudicar tan alto puesto al solo mérito de ser vizcaíno, y ella no pudo ser otra cosa que el elevado concepto en que Cervantes tenía a los vascos”.

hijos de la “nación vizcaína —son palabras del propio Cervantes— tan puntual y bien mirada”.

* * *

Este contacto tan constante y estrecho con nuestros connacionales, explica el hondo conocimiento que Cervantes tenía de nuestra idiosincrasia. Porque, bueno es advertirlo: el autor del *Quijote* nunca estuvo en Vasconia. La única vez que atravesó el Pirineo, lo hizo por Cataluña, en su viaje de juventud a Italia. Luego, durante el resto de su vida, sus correrías hacia el Norte no pasaron de Valladolid. Fue, pues, a través de los soldados, negociantes y funcionarios —y también por su frecuente trato con el historiador Garibay— como pudo familiarizarse con “los endemoniados entresijos de la lengua vizcaína”. De este conocimiento y de su tan acendrado sentido de la tolerancia brotaron aquellas palabras de oro —contenidas en la segunda parte del *Quijote*— que dicen así: “Todos los poetas escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase al poeta alemán porque escribe en su lengua, ni al castellano, ni al vizcaíno que escribe en la suya.”

Este conocimiento, repetimos, saturado de noble ecuanimidad, lo hace extensivo a la antigüedad de nuestra habla vernácula. En la comedia *La Gran Sultana*, uno de los personajes, Cadi, pregunta a su interlocutor, Madrigal:

*Español, has empezado
a enseñar al elejante?*

M. *Sí, y está muy adelante:
cuatro lecciones le he dado.*

C. *¿En qué lengua?*

M. *En vizcaína
que es lengua que se averigua
que lleva el lauro de antigua
a la etiopa y abisina.*

C. *Paréceme lengua extraña.
¿Dónde se usa?*

M. *En Vizcaya.*

C. *¿Y es Vizcaya?*

M. *Allá en la raya
de Navarra, junto a España.
Esta lengua de valor
por su antigüedad es sola.*

También en el entremés *El Vizcaíno fingido* hay abundantes pruebas de que conocía el carácter y la manera de conducirse y expresarse de los vascos, todo ello aderezado con el festivo humor de que hacía gala en estas pequeñas obras y, como luego explica, “sin que pasase por sus mientes la desdichada idea [que se le ha atribuido] de ponerlos en ridículo.”

Y ya que de teatro se trata, hagamos sobre el tema una observación más. En la comedia *Los Baños de Argel*, que es, como su título lo anuncia, una relación de la vida de los cautivos en aquella ciudad africana, la protagonista, una bella mora, hablando del cristianismo, dice que debe su conversión a su nodriza llamada Juana de Rentería. ¿Quién fue esta señora Rentería? Apraiz, primero, y luego Navarro Ledesma apuntan la sospecha de que entre las personas que en Argel ayudaron en secreto a Cervantes, tanto en recursos como en la preparación de sus intentos de fuga, debía contarse “alguna mano femenina”. ¿Era ésta “una de aquellas moras enamoradizas y complacientes” o una cristiana blanca? Y en este caso, ¿cuál fue el papel que desempeñó, no en la comedia y sí en la realidad, esta presunta guipuzcoana?

He ahí un enigma, con ribetes de aventura sentimental, cuya solución de buen grado se la brindamos a los pesquisantes literatos de nuestra tierra.

* * *

Al principio de este ensayo, al referirse a las obras de Unamuno y Navarro Ledesma —obras que, cual hitos gigantes, marcan la conmemoración del tricentenario de la obra cumbre cervantina— omitimos mencionar otro trabajo que, acaso más que los dos citados, contribuyó a despertar, a la par que una enorme expectación, las más encendidas controversias. Nos referimos al opúsculo de don Rafael Salillas, el insigne penalista, cuyo sorprendente título rezaba así: *Un gran inspirador de Cervantes: el doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios*.

“La peregrina tesis, tan inusitada como irreverente”, según la definió en su glosario un renombrado cervantista, pasó, no obstan-

te, a ser estudiada para alcanzar, finalmente, su plena aceptación por parte de un crecido número de críticos nacionales y extranjeros.

Sería impropio de este trabajo tratar *in extenso* el tema planteado por Salillas. Nos reduciremos, pues, a resumir lo que se ha de llamar la "dependencia espiritual de Cervantes con respecto a Huarte de San Juan", dejando para ocasión más propicia el ahondar sobre materia tan importante como sugestiva, sea por la jerarquía de los protagonistas como por el asunto en litigio.

Empecemos por afirmar que la tesis de Salillas, hombre de gran ingenio, tiene penetrantes observaciones. Se le han opuesto, desde luego, reparos, tales los del hispanista Camilo Pitollet, cuya recensión, notoriamente tendenciosa, peca de despectiva y burlona. En cambio, los sostenedores de aquél, por calidad y número, superan ampliamente a los primeros. Quien en este sentido dio la pauta fue el inglés William Confort, quien apoyó en pleno los argumentos de Salillas, siguiéndole luego toda una legión de comentaristas como Bonilla San Martín, Díaz y otros hasta culminar en el Padre M. de Iriarte, cuyo enfoque de las teorías huertinas y de la tesis de Salillas debe considerarse como un estudio exhaustivo.

En uno de los pasajes de su libro, el Padre Iriarte afirma: "Cervantes utilizó en sus obras la del doctor Huarte y no sólo episódicamente, sino en manera que toca el nervio mismo de sus creaciones". Y más adelante agrega: "*El Quijote* vivió y murió bajo el signo del *Examen de Ingenios*. La gran inspiración que Cervantes debe al doctor Huarte es el haber sabido fingir y conducir el carácter del héroe con armónica correspondencia de las dos estructuras: la psicológica y la temperamental. Y su autor tuvo de ello plena conciencia, persuadido por aquella lectura de que, por las cualidades corporales, era posible llegar a noticia de las del alma, y de éstas a su vez, deducir las exteriores y físicas. En la exposición del síndrome de la locura, que nos da Cervantes, hay dos toques principales, que son como la clave de la enfermedad: y ambos toques o ideas capitales pertenecen de pleno a pleno a la psicopatología del *Examen de Ingenios*. Tales son la destemplanza humoral del resecamiento del cerebro, y la lesión imaginativa consiguiente. Al ingenioso hidalgo "del poco dormir y del mucho leer se le secó el cere-

bro", porque como había enseñado a Cervantes el doctor Huarte, "la vigilia de todo el día deseca y entumece el cerebro, y el sueño de la noche lo humedece y fortifica."

Aparte otras agudas consideraciones, cotejo de textos, coincidencias de términos y semejanza de expresiones, el Padre Iriarte termina así su análisis comparativo: "Nadie dude del influjo ejercido en Cervantes por el doctor Huarte de San Juan. La inducción hecha recibe luz de las siguientes premisas: las innumerables coincidencias de situaciones y calificaciones que no pueden atribuirse a meras casuales coincidencias; su contenido es tan peculiar del psicólogo navarro que no permite suponer derivación de otra fuente. La influencia recibida de Huarte es, aun más que material, formal. Fue categorizar su mente en modernas normas de pensar, abrirla a sutiles atisbos de caracterología, ahondar su penetración psicológica. Así *el Príncipe de nuestros ingenios* obtuvo merced al *Examen de Ingenios*, la plena justificación del suyo: y sangre de su genialísima producción corre por las venas del Ingenioso Hidalgo. Salillas juzga muy bellamente que, en todo caso, el encabezamiento de la inmortal novela viene a constituir una dedicatoria del autor al inspirador."

Podríamos agregar de nuestra cosecha algunas consideraciones a las ya reproducidas del Padre Iriarte. Preferimos omitirlas, pues nada nuevo aportarían a las ya tan magistralmente expuestas por el escritor religioso.

* * *

Después de esta breve incursión por los campos de la literatura científica, donde tan egregiamente figura un hombre de nuestra raza, volvamos a la tarea interrumpida y al hombre que ha promovido este ensayo: Julián de Apraiz y su tema *Cervantes vascofilo*. Y, como conclusión, ya que hablamos de este "meritísimo profesor", como con justicia se le calificó, expresemos nuestra sorpresa de no encontrar en su admirable estudio la menor alusión a la *Canción* que compuso Cervantes con motivo de la muerte, frente a las costas de Inglaterra, de los capitanes generales don Miguel de Oquendo y don Juan Martínez de Recalde que mandaban la *Armada Invencible. Canción nacida de las varias nuevas que an venido de la*

catholica Armada que fue sobre Inglaterra —como la tituló el autor— y cuyos versos principales riman así:

*...y en los oydos de los dos prudentes,
famosos Generales, luego enuia
una voz que les diga la gloriosa
estirpe de sus claros ascendientes,
cifra de más que humana valentía...*

“La gloriosa stirpe de sus claros ascendientes...” ¡Qué reconocimiento más bello y humano! ¡Qué homenaje más patético rendido por el más grande de los españoles a dos preclaros hijos de Vasconia! ¡Cuán hondamente había penetrado el glorioso Manco en las entrañas de nuestro viejo pueblo! Lo que los varones de nuestra stirpe le ofrecieron con la mano y el corazón, el hidalgo castellano nos devolvía con la pluma y el corazón!...